

CRÓNICA

- A dos siglos de las reflexiones de Burke (LARIOS).
- Uvas envenenadas y responsabilidad del Estado (ARÓSTICA).

A DOS SIGLOS DE LAS REFLEXIONES DE BURKE

Apenas se cumplía un año desde el estallido de la revolución francesa, cuando al otro lado del Canal de la Mancha apareció uno de los más críticos y agudos escritos acerca de los orígenes y consecuencias del proceso iniciado en 1789.

El parlamentario británico Edmund Burke, quien había visitado Francia algunos años antes, aquilatando el trasfondo político, social y moral que implicaban las posturas filosóficas de los enciclopedistas, publicó con el objetivo de evitar en su país la aceptación y desarrollo de estos principios, sus *Reflexiones sobre la Revolución Francesa*.

A partir de ese estudio, más práctico que filosófico, pero que no carece de profundidad, se ha enunciado comúnmente el pensamiento político conservador desde la revolución hasta nuestros días. Si bien el conservantismo surge caracterizado exclusivamente durante los dos últimos siglos, es justo señalar que, como método, tendencia o estilo de enfrentar los problemas políticos, sus raíces se remontan a los orígenes mismos de la sociedad civil.

Las *Reflexiones* suscitaron inmediatamente un extraordinario interés, sucediéndose más de diez ediciones antes de cumplirse un año de la publicación. Su lectura llegó a destacadas personalidades políticas de la época, incluso a los mismos revolucionarios.

La influencia de la obra que nos ocupa es evidente en la política británica, la cual a veces pareciera su misma caracterización. Más aún alcanzó también a tendencias políticas, en mayor o menor medida, diferenciables del conservantismo, como el liberalismo moderado y el tradicionalismo contrarrevolucionario. En el primero se produjo, a través de otro gran diagnosticador político, Alexis de Tocqueville; en el segundo, mediante De Maistre y Bonald, quienes incorporaron las críticas de Burke a la Revolución que ellos, como franceses, habían sentido en propiedad. Por otra parte el aún incipiente régimen político de los Estados Unidos contó entre sus forjadores a Hamilton y John Adams, ambos conocedores de la obra del político whig.

De la lectura de las *Reflexiones*, que bien pudieron ser contingentes a los acontecimientos de 1789, emanan las actuales líneas directrices del pensamiento conservador. De esta afirmación se deriva no sólo la vigencia de los principios enunciados en sus páginas, sino también la percepción de la Revolución Francesa como patrón histórico de todo proceso revolucionario.

Estas líneas directrices del conservantismo han sido descritas e incluso clasificadas, entre otros, por Russell Kirk, G. K. Kaltenbrunner, E. von Kuehnelt-Leddhin y Frederick A. Voigt. Kirk en su clásica obra *The Conservative Mind** señaló seis características fundamentales de lo que se ha venido a traducir como la mentalidad conservadora en Inglaterra y Estados Unidos. En tanto, Giuseppe Prezzolini, ha llegado a describir nada menos que 54 características propias del pensamiento conservador, en un afán, sin duda, de que no le falte ninguna, pero de las cuales se podría prescindir de varias. Ello recuerda los inconvenientes inherentes a todo intento de tipificación.

Descartado entonces todo afán de clasificar —no fue éste, por lo demás, el objetivo de Burke— conviene realizar una aproximación a algunos principios que emanan del análisis de la obra que nos ocupa.

La capacidad de observación y conocimiento de la realidad, tal cual es, y no como nos gustaría que fuese, es quizás el factor sin el cual no se puede actuar en política. Burke nos advirtió en este sentido, al afirmar que la realidad y las circunstancias dan a un principio político, su matiz peculiar y su particular efecto. No bastan, entonces, las teorías abstractas sino que éstas deben derivar de una adecuada percepción de la realidad: “La primera condición de un gobierno es ser posible”, señaló años después Donoso Cortés, condición que Burke compartió al recoger la tradición aristotélico-tomista del realismo clásico, la cual reconoce en el mundo exterior una realidad independiente del sujeto que la percibe.

Es la prudencia, virtud no siempre bien comprendida en la actualidad, la herramienta que nos sugirió para la acción política. Ella desempeña un rol fundamental para “conservar, con espíritu de mejora” lo que, en definitiva, fue su norma de buen gobierno.

*Véase en español, *Un programa para conservadores*. Rialp. Madrid. 1957.

Al analizar la historia de la política inglesa, su modelo y orgullo, destacó como base permanente de su evolución el principio de herencia, compuesto por dos elementos esenciales y complementarios: por una parte conservar, y por otra, transmitir. Ambos se relacionan con la noción de tradición, por lo que se conserva y se transmite lo perdurable, lo trascendente, lo que vale la pena que permanezca. A esa transmisión le es inherente la incorporación de elementos nuevos, los cuales la perfeccionan y actualizan. Es decir, interrumpida la transmisión, o sin ella, la tradición deja de ser tal, convirtiéndose en antigüedad, y de esta manera en intento de volver al pasado, de petrificarse en el presente o de traer el pasado al presente con la irrealidad política y social que cada alternativa, hipotéticamente, provocaría. El principio de herencia se debe comprender entonces como esencialmente dinámico. No es estático ni inmóvil, ya que supone por una parte el recoger el trabajo de generaciones anteriores, "comprobado por el juicio de los siglos", y del cual tiene la generación presente, deber de perfeccionar, para transmitirlo con su aporte a las futuras que han de recibirlo así, crecido o aumentado.

La mentalidad revolucionaria, por el contrario, partió de un esquema político abstracto. De una teoría de la sociedad edificada en la mente de 'iluminados' pensadores. Las más de las veces sin ningún asiento en la realidad, y por ello, para la realización efectiva de su esquema, requirieron eliminar el pasado, destruyendo la construcción social que es, con sus vicios y sus virtudes, fruto del aporte de una generación tras otra, para edificar a partir de cero, el futuro "ideal". "Respetando a vuestros antepasados habrÍais aprendido a respetaros a vosotros mismos", les señaló irónicamente Burke a los franceses de los años de la guillotina. "Un Estado en el que no se puede cambiar nada, carece de medios para su conservación", sentenció para aquellos que ven su salvación, o la de sus bienes materiales, en el *statu quo*.

La noción de sociedad y de naturaleza humana, es en el político británico una noción trascendente. El fin de la sociedad no será el asegurarnos una existencia meramente animal, de protección y cuidado, desde la cuna hasta la tumba, como podría esperarse hoy del *Welfare State*. La naturaleza humana no es efímera o perecedera. Por esa razón el político irlandés se opuso a organizar la sociedad "como si fuera una sociedad mercantil destinada al comercio del

café, el tabaco o la pimienta". Insistió en que la sociedad humana no tiene su origen en un acto racional de una generación determinada, tal como lo propusieron Hobbes y Rousseau; ya que es fruto de "una asociación no sólo entre los vivos, sino también entre los vivos y los muertos y aquellos que van a nacer".

Esta sociedad y el Estado están fundamentados, en Burke, en el reconocimiento de una ley superior de acuerdo a nuestra naturaleza —Derecho Natural— que se debe constituir en guía de toda ley humana o positiva. Leo Strauss, en este aspecto reafirma que "Burke estuvo con Cicerón y con Suárez contra Hobbes y Rousseau", es decir, cercano a los clásicos y escolásticos, y contrario a los filósofos generadores del liberalismo. Esto no deja de llamar la atención para desconfiar de quienes guiados en una parcial comprensión de algunos aspectos económicos, ciertamente liberales del parlamentario británico, han pretendido asignarle desmesuradamente un carácter economicista a su pensamiento fundamentalmente político. Esta antigua polémica es la que Macpherson quiso dilucidar, sin conseguirlo del todo, al insistir en la condición de economista político de Burke.

Denotan las *Reflexiones* una preocupación por la transformación económica de Francia que había generado inflación, y con ello especulación lo cual —advierde el irlandés—, beneficiaría sólo a los burgueses y los banqueros, en detrimento del campesinado, que por entonces constituía aproximadamente el 80% de la población. La puesta en práctica de nuevas medidas económicas, especialmente la emisión irracional de papel moneda, convirtieron a Francia, como él mismo afirma, en "una mesa de juego", donde la industria y el ahorro desaparecieron y la sociedad se vio dirigida por una "innoble oligarquía" urbana, compuesta por "interventores, agentes de bolsa, agiotistas, especuladores y aventureros". Sus preocupaciones económicas en el caso francés, fueron acertadas, teniendo a la vista los estudios económicos actuales del período revolucionario, aunque secundarias en el contexto de sus *Reflexiones*, ya que las subordinó a un orden político superior.

Burke reconoció un principio de jerarquía social. Es decir, derechos y obligaciones sujetos a la función que cada individuo desempeña en la sociedad. Ello, aclaró, no es fruto de especulaciones abstractas, sino "de la observación de la naturaleza humana". De acuerdo a ésta y a su realidad social, el principio de igualdad lo

consideró "como principio político, contra natura", afirmando que "aquellos que intentan nivelar, jamás igualan... sobrecargan el edificio social colocando el techo donde la solidez de la construcción requeriría la base". Así se mostró partidario de una "aristocracia natural".

En cuanto a la libertad, insistió en la necesidad de que debía ser acompañada con la práctica de virtudes. Por otra parte, sería dignificada y atemperada en la correcta aplicación del principio de herencia, el cual precisamos anteriormente. Burke nos parece sugerir la búsqueda de la libertad concreta y real, la cual distinguió de aquella que pregonaron, con más fuerza que consistencia, los revolucionarios franceses.

Es ilustrativa la denuncia de los fines destructivos de la Revolución que realizó en su percepción del ataque a la Iglesia Católica y en su análisis de la penetración ideológica del Ejército. Ambas instituciones no casualmente fueron transformadas por la ideología y el poder civil.

En fin, el orden como fundamento de todo bien, la admiración a la constitución consuetudinaria inglesa, la desconfianza a una declaración abstracta de los derechos del hombre, el pragmatismo que manifestó en cuanto a las formas de gobierno, son todos temas de constante vigencia en el pensamiento político contemporáneo, y que Burke, con clarividencia, no dejó de lado en sus *Reflexiones*.

Parte de los principios de estas notas puedan parecer evidentes, naturales o bien de sentido común. Es éste el gran mérito de Burke y la razón por el cual el método conservador, de "avanzar sin destruir", en palabras de Fernández de la Mora, continúa vigente después de dos siglos de "racionalismo abstracto", revolucionario y dogmático, que tarde o temprano termina por derrumbarse sin haber dejado de provocar, las más de las veces, mayores injusticias que las que pretendía evitar. Europa del Este, que hoy recobra su libertad, es una prueba doliente de ello.

GONZALO LARIOS MENGOTTI